

LA HISTORIOGRAFÍA ALEMANA RECIENTE

Walther L. Bernecker
Universidad de Berna

En las últimas décadas, la historiografía alemana¹ ha experimentado una fase de cambio acelerado que se caracteriza por una disposición relativamente alta a revisar posiciones tradicionales y a abrirse frente a innovaciones metodológicas. De esta manera se ha conseguido superar el subdesarrollo metodológico, existente en 1945, y superar las posiciones clásicas de un historicismo nacional. Por otro lado, las posiciones innovadoras de los años 50 y 60, con sus enfoques claramente reformistas, parecen haberse estancado en los años 70 y 80, pudiendo registrarse en la última década un renacimiento de posiciones historicistas supuestamente superadas. Al mismo tiempo se han acentuado de nuevo las luchas entre diferentes tendencias historiográficas. Si bien las ciencias históricas se presentan hoy en Alemania como una disciplina con un amplio abanico de posiciones metodológicas y políticas, no existe un consenso aceptado por todos, sobre la función de la historia en una moderna sociedad industrial y sobre sus bases metodológicas.

1. Las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial

La historiografía alemana de la posguerra ha sido influenciada profundamente por el derrumbamiento del Tercer Reich. Los historiadores se han

¹ En lo que sigue, al hablar de «historiografía alemana» nos referimos en primer lugar a la RFA. Sólo en casos excepcionales se hará mención comparativa de la historiografía en la RDA. Las tendencias historiográficas alemanas después de la Segunda Guerra Mundial han sido resumidas en varios estudios, en los que se basa también el siguiente ensayo. Cf. Wolfgang J. MOMMSEN: «Gegenwärtige Tendenzen in der Geschichtsschreibung der Bundesrepublik», en: *Geschichte und Gesellschaft*, 7, 1981, pp. 149-188; idem: «Between Revisionism and Neo-Historicism. Recent Trends in West-German Historiography», en: *Storia della Storiografia*, 11, 1987, pp. 104-121; Ernst SCHULIN/Elisabeth MÜLLER-LUCKNER (eds.): *Deutsche Geschichtswissenschaft nach dem Zweiten Weltkrieg (1945-1965)*. München 1989; Winfried SCHULZE: *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*. München 1989; Horst MÖLLER: «Zeitgeschichte-Fragestellungen. Interpretationen. Kontroversen», en: *Aus Politik und Zeitgeschichte*, B 2/88 del 8-I-1988, pp. 3-16.

ocupado continuamente de la pregunta, por qué el fascismo en su versión más perversa pudo llegar al poder en Alemania y ejercer un dominio de doce años sobre los alemanes, en buena parte (por lo menos durante algún tiempo) con la aquiescencia de éstos. Hasta hoy, en la investigación sigue prevaleciendo el teorema del «desarrollo especial» o del «camino especial» alemán, es decir de una tercera vía (*deutscher Sonderweg*), diferenciada del desarrollo en los Estados democráticos de la Europa occidental. Un segundo gran problema es la acentuada crisis de la conciencia histórica en los años 50 y 60; el comportamiento ahistórico de amplias capas de la sociedad alemana se debía tanto a la convicción, de que la historia había perdido su significado, como a la intención de no querer encarar el pasado reciente. La tarea consistía, pues, en elaborar una base para la recuperación de la conciencia histórica que no omitiera simplemente los años de la dictadura nacionalsocialista².

El distanciamiento de las tradiciones de un historicismo, que se había convertido en apoteosis de la propia historia nacional, fue un proceso difícil y lento. La primera generación de historiadores de la posguerra, casi todos ellos conservadores, ya estaban convencidos que había que prescindir de la glorificación del «camino especial alemán» entre democracia materialista de Occidente y autocracia de Oriente. Querían presentar una historia alemana, en cuya continuidad no había tendencias fascistas. Gerhard Ritter, por ejemplo, insistía en su fundamental obra sobre el problema del «militarismo» en Alemania, en que la política militar de Federico el Grande de Prusia y la política de Bismarck no conducían directamente a Hitler, sino que el militarismo prusiano-alemán era, en el fondo, un desvío, un desarrollo equivocado cuyas bases no radicaban en la estructura del Imperio³. Y Hans Rothfels, en su estudio sobre la oposición contra Hitler, se esforzó en mostrar que las tradiciones del pensamiento conservador alemán no debían ser condenadas completamente⁴.

Estas obras —y muchas otras de la misma tendencia— metódicamente no eran innovadoras; más bien, se circunscribían al instrumental clásico

² Para una revisión crítica de las tradiciones políticas e historiográficas, véase p. ej. Heinrich HEIMPEL: *Kapitulation vor der Geschichte*. Göttingen 1960; Alfred HEUB: *Verlust der Geschichte*. Göttingen 1959; Reinhard WITTRAM: *Das Interesse an der Geschichte*. Göttingen 1968. Como panorama general de la historiografía alemana después de 1945, véase Georg IGGERS: *Deutsche Geschichtswissenschaft*. München 1976; ídem: *Neue Geschichtswissenschaft. Vom Historismus zur historischen Geschichtswissenschaft*. München 1978; Bernd FAULENBACH (ed.): *Geschichtswissenschaft in Deutschland*. München 1974; Werner CONZE: «Die deutsche Geschichtswissenschaft seit 1945. Bedingungen und Ergebnisse», en: *Historische Zeitschrift*, 255, 1977, pp. 1-28; Hans-Ulrich WEHLER: «Geschichtswissenschaft heute», en: Jürgen HABERMAS (ed.): *Stichworte zur geistigen Situation unserer Zeit* (tomo 2: *Politik und Kultur*). Frankfurt 1979, pp. 709-753.

³ Gerhard RITTER: *Staatskunst und Kriegshandwerk. Das Problem des «Militarismus» in Deutschland*. 4 tomos, München 1953 y sigs.

⁴ Hans ROTHFELS: *Die deutsche Opposition gegen Hitler*. Frankfurt 1949.

de un historicismo individualizador. El debate de los años 50 sobre la imagen de Bismarck en la historia muestra claramente, que la historiografía de la posguerra seguía ubicada en los paradigmas clásicos. La gran mayoría de los historiadores alemanes seguía enjuiciando positivamente la persona y la política de Bismarck como una postura moderada en el contexto europeo de su época. Las faltas en la política interna se atribuían no al «Canciller de Hierro», sino más bien a las pretensiones nacionalistas de sus adversarios o a las tendencias generales de la época⁵.

En relación con el debate sobre Bismarck, cristalizaron dos nuevas tendencias historiográficas, enormemente importantes para el ulterior desarrollo de la disciplina histórica:

1. Theodor Schieder, acentuando la dimensión antropológica y relativizando la tradición idealista de la historiografía alemana, trató de captar los factores condicionantes de toda actuación humana. De esta manera, Schieder mostró a la historiografía el camino para abrirse a las ciencias sociales y analizar los factores en las instituciones y estructuras, que determinan el cambio histórico. El método de «tipo ideal», tomado de Jakob Burckhardt y Max Weber, resultó ser un instrumental más adecuado que el método individualizador⁶.

2. La segunda nueva tendencia historiográfica se refleja en la obra de Werner Conze y su intento de escribir una «historia social europea». Si bien Conze todavía hizo uso del instrumental clásico del historicismo, analizó, por otro lado, conceptos cruciales como proletariado, nación y sociedad, describiendo de esta manera los sucesos en los niveles inferiores del sistema social, no abarcados totalmente por el Estado⁷. Conze tenía la intención de continuar sus investigaciones en dirección a una historia estructural de la *longue durée*, según el ejemplo de la escuela de los *Annales*: pero la mayoría de los historiadores alemanes todavía rechazaba la postergación de los aspectos políticos en favor de tendencias de largo alcance. No obstante, Conze ha dado impulsos esenciales a lo que más tarde sería la moderna historiografía social.

Paralelamente a estas tendencias, se desarrolló una historiografía ampliamente influenciada por las ciencias políticas estadounidenses que analizó el reciente pasado alemán, ante todo la República de Weimar y la toma de poder nazi. El neoliberalismo de Ernst Fraenkel y su teoría del «Estado dual» nazi como compromiso entre movimiento fascista y élites autoritarias fueron trascendentales⁸, influyendo en la generación de Gerhard A. Ritter, Gerhard Schulz y Karl Dietrich Bracher. El neoliberalismo de Hannah Arendt y

⁵ Las diferentes posturas de este debate están recogidas en el tomo colectivo de Lothar GALL (ed.): *Das Bismarckproblem in der Geschichtsschreibung nach 1945*. Köln 1971.

⁶ Theodor SCHIEDER: *Geschichte als Wissenschaft. Eine Einführung*. München 1965.

⁷ Werner CONZE (ed.): *Staat und Gesellschaft im deutschen Vormärz 1815-1848*. Stuttgart 1962.

⁸ Ernst FRAENKEL: *Deutschland und die westlichen Demokratien*. Stuttgart 1964.

la teoría del totalitarismo cobraron el status de una doctrina predominante, lo que se puede apreciar ante todo en las obras de Bracher sobre la disolución de la República de Weimar⁹.

2. La ruptura con las tradiciones

Si bien esta escuela político-histórica mostró un nuevo camino, la ruptura radical con las tradiciones de la historiografía alemana no tendría lugar hasta comienzos de los años 60, cuando Fritz Fischer publicó sus investigaciones sobre las causas de la Primera Guerra Mundial y las metas perseguidas por Alemania en la guerra¹⁰. El punto crucial del debate que se entabló entre los historiadores alemanes fue la pregunta quién era culpable y responsable del estallido de la Primera Guerra Mundial. Fischer acusaba al gobierno del Imperio alemán de haber preparado metódicamente una guerra ofensiva con la intención de llegar a ser potencia mundial, y la euforia bélica nacionalista de la Primera Guerra Mundial se correspondía, en esta visión, con el posterior ascenso del nacionalsocialismo. Con estas tesis, Fischer deshizo una serie de tabúes existentes entre los historiadores alemanes, ya que la política alemana desde Bismarck aparecía como una mezcla de nacionalismo, militarismo y política exterior agresiva, es decir, como la directa prehistoria del nacionalsocialismo.

El debate surgido por las tesis de Fischer fue extremadamente agudo y agresivo. En un principio, la controversia giraba en torno a una metodología convencional, de historia diplomática; la generación posterior, de historiadores más jóvenes, refinó el instrumental haciendo uso de una metodología estructural-funcional, para llegar a una explicación estructural de la política alemana de potencia mundial. En la retrospectiva se puede decir, que la polémica en torno a la responsabilidad alemana con respecto al estallido de la Primera Guerra Mundial fue el final de la historiografía tradicional de historia política nacional. De entonces en adelante se llegaría a una revisión fundamental de las tradiciones historiográficas alemanas; las raíces del desastre de 1933 se buscarían en las peculiaridades de la tradición política alemana desde comienzos del siglo XIX, y toda la historia moderna alemana fue sometida a un análisis crítico y a reinterpretaciones fundamentales tratando de

⁹ Véase p.ej. Karl Dietrich BRACHER: *Die Auflösung der Weimarer Republik. Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*. Villingen 1971; ídem (junto con otros): *Die nationalsozialistische Machtergreifung*. Frankfurt 1974.

¹⁰ Fritz FISCHER: *Griff nach der Weltmacht. Die Kriegszielpolitik des kaiserlichen Deutschland*. Frankfurt 1961; ídem: *Weltmacht oder Niedergang. Deutschland im Ersten Weltkrieg*. Frankfurt 1965; ídem: *Der Erste Weltkrieg und das deutsche Geschichtsbild. Beiträge zur Bewältigung eines historischen Tabus*. Düsseldorf 1977; ídem: *Der Krieg der Illusionen. Die deutsche Politik 1911-1914*. Düsseldorf 1969.

explicar, en primer lugar, los obstáculos que impedían o por lo menos dificultaban una democratización profunda del Estado y de la sociedad en Alemania¹¹.

Tras estas modificaciones, a finales de los años 70 y comienzos de los años 80, la historiografía alemana se presentaba diferenciada, pudiendo constatarse como resultado de las polémicas anteriores las siguientes tendencias:

1. La historiografía política seguía conservando su posición hegemónica, mientras que la historia estructural (al estilo de los *Annales*) o historia social (en el sentido de historia de fenómenos prepolíticos como deporte u ocio) ocupaban una posición más bien marginal. Por otro lado, se ha ampliado considerablemente la definición de historia política, siendo cada vez más difícil distinguirla de disciplinas especializadas como historia económica o social en un sentido amplio. La historiografía política abarca, más bien, todo el ámbito de la sociedad y no sólo los procesos políticos a nivel de órganos estatales y del proceso de toma de decisiones.

2. La necesidad de integrar, en una historiografía política moderna, las fuerzas motrices y los factores condicionantes en los sectores social y económico, es reconocida también por historiadores de una segunda tendencia, que propugnan una «historia política moderna». Esta tendencia, representada por Andreas Hillgruber o Klaus Hildebrand, polemiza contra la llamada «escuela de Bielefeld» para la que la historia es una ciencia social. Esta historiografía política «moderna» trata de restituir la historia de las relaciones internacionales sobre una base neo-rankeana¹².

3. El debate entre «historiadores sociales» e «historiadores políticos» no puede ocultar que metódicamente la historiografía alemana ha avanzado considerablemente desde los años 50, dejando tras de sí posiciones historicistas y métodos individualizantes. Hoy nadie pone en duda que hay que analizar las estructuras condicionantes dentro de las cuales se realizan las decisiones relevantes. Toda una generación de historiadores está empeñada en analizar los factores sociales e institucionales que influyen en las actuaciones políticas o el comportamiento social de individuos o grupos. La tendencia más desarrollada es la que podría denominarse de historia de estructuras políticas que analiza sistemas políticos, partidos y asociaciones con

¹¹ Aquí hay que mencionar los trabajos de Hans-Ulrich WEHLER sobre el «imperialismo social»; los ataques de Immanuel GEISS contra los métodos idealistas empleados hasta entonces; los estudios de Hans MOMMSEN sobre la resistencia contra el nacionalsocialismo en los que se relativizaba el factor democrático entre los adversarios conservadores de Hitler y se acentuaba, al mismo tiempo, el papel de la resistencia socialista y comunista.

¹² Véase, Andreas HILLGRUBER: «Politische Geschichte in moderner Sicht», en: *Historische Zeitschrift*, 216, 1973, pp. 529-552; Klaus HILDEBRAND: «Geschichte oder «Gesellschaftsgeschichte». «Die Notwendigkeit einer politischen Geschichtsschreibung von den internationalen Beziehungen» en: *Historische Zeitschrift*, 223, 1976, pp. 328-357.

métodos funcional-estructurales. Aquí habría que mencionar los estudios sobre la estructura de los partidos políticos, sobre el movimiento obrero o sobre el sistema de dominación nacionalsocialista con sus estructuras policráticas¹³.

4. Uno de los aspectos más controvertidos es la pregunta, si se pueden analizar las relaciones internacionales con métodos de historia social o de análisis estructural. Si bien ya nadie afirma que lo único que prima en el análisis es la política interior, sí hay una fuerte tendencia según la cual la política exterior debe ser interpretada como resultado de las grandes luchas sociales en el seno de las sociedades, y no como el arte de hacer diplomacia. Este enfoque también se aplica a las investigaciones sobre el imperialismo, en las que no sólo se analizan las causas endógenas de la política imperialista, sino que se consideran también, y cada vez más, los factores periféricos¹⁴, es decir las condiciones reinantes en los países objeto de la política imperialista.

5. La historia económica ha sido algo descuidada. Durante mucho tiempo estuvo concentrada en cuestiones de historia agraria; últimamente interesan más la industrialización, aspectos de la protoindustrialización y las repercusiones de la primera industrialización sobre las estructuras sociales en los Estados alemanes. El modelo interpretativo de «capitalismo organizado» —desarrollado por Heinrich August Winkler, Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, basándose en Rudolf Hilferding¹⁵— trata de combinar historia económica con historia general, para presentar una interpretación global del período comprendido entre 1880 y 1945. Últimamente, el teorema de «capitalismo organizado» ha sido criticado con el argumento que no se puede diferenciar claramente entre capitalismo temprano y capitalismo organizado, y que los elementos de dirección del sistema económico —cruciales en el modelo de capitalismo organizado— no pueden ser señalados y caracterizados específicamente¹⁶.

6. La historiografía moderna se ha alejado del credo ingenuo historicista de que existe una historia objetiva. Los historiadores escriben historia desde diferentes perspectivas con conceptos teóricos distintos. El distanciamiento teórico de los elementos dogmáticos del historicismo ha facilitado a la ciencia histórica alemana hacer uso de las técnicas investigadoras de las ciencias sociales. Esto es válido, ante todo, para la historia económica, la demografía,

¹³ Sobre este aspecto, véase Gerhard HIRSCHFELD/Lothar KETTENACKER (eds.): *Führerstaat: Mythos und Realität*. Stuttgart 1981.

¹⁴ Véase, como botón de muestra, Wolfgang J. MOMMSEN: *Der europäische Imperialismus. Aufsätze und Abhandlungen*. Göttingen 1978.

¹⁵ Véase Heinrich August WINKLER (ed.): *Organisierter Kapitalismus. Voraussetzungen und Anfänge*. Göttingen 1974.

¹⁶ Véase la discusión del concepto en Jürgen KOCKA: «Organisierter Kapitalismus im Kaiserreich», en: *Historische Zeitschrift*, 230, 1980, pp. 613-631.

la historiografía cuantitativa, la prosopografía, la historia de la estratificación social, el análisis de las capas medias y bajas, las élites, la movilidad social, el sistema educativo y muchos otros aspectos¹⁷.

7. También una rama tradicionalmente importante de la historiografía alemana se ha visto expuesta a una importante re-orientación: la historia del movimiento obrero. En los años 50 y 60 se escribían historias del movimiento obrero político, ante todo del movimiento socialdemócrata. Ultimamente, el interés se ha desplazado hacia aspectos socioculturales y económicos de este movimiento¹⁸. Se escriben menos historias de las organizaciones obreras, y más historias sobre las condiciones de vida de los obreros, la cultura obrera y la postura social de los trabajadores industriales y pre-industriales.

Se puede decir, pues, que a finales de los años 70, en Alemania la mayor parte de la necesaria revisión historiográfica había sido realizada. Fue entonces cuando pudo apreciarse una especie de culminación al respecto: de nuevo se oyeron voces que decían que en los últimos lustros se había insistido demasiado en la crítica de las tradiciones autoritarias y nacionalistas en la sociedad alemana. Desde principios de los años 80, se puede apreciar un «cambio de rumbo» en la historiografía alemana, hacia posiciones más conservadoras y hacia un endurecimiento dogmático. La historia social es atacada e interpretada como un peligro de izquierdismo radical. Estas críticas conservadoras esperan de la historiografía que no ponga continuamente en tela de juicio las tradiciones midiéndolas en ideales abstractos, sino que haga aportaciones para fundamentar una nueva identidad nacional de los alemanes. Si bien la función de la historia no es solamente crítica para con posiciones ideológicas, sino también «conservadora» en el sentido de facilitar al individuo una orientación positiva en la sociedad, no se puede negar que el renacimiento del pensamiento conservador corre parejo con el ambiente político en la República Federal de Alemania, marcadamente más conservador en los años 80 que en los 70.

3. El resurgimiento del neo-historicismo

Uno de los primeros ataques contra el revisionismo crítico no vino de un historiador alemán, sino inglés. Geoff Eley argumentó que no se podía partir de un desarrollo supuestamente armónico en el caso inglés, desde condiciones pre-industriales hasta la moderna democracia industrial, tomando

¹⁷ Véase, p.ej., Hartmut Kaelble y otros: *Probleme der Modernisierung in Deutschland. Sozialhistorische Studien zum 19. und 20. Jahrhundert*. Opladen 1978.

¹⁸ Véase, al respecto, el informe de Klaus Tefelde sobre la historia social del movimiento obrero, en: Hans-Ulrich Wehler (ed.): *Die moderne deutsche Geschichte in der internationalen Forschung, 1945-1975*. Göttingen 1978, pp. 197-255 (= número especial de la revista *Geschichte und Gesellschaft*).

este desarrollo inglés como «modelo» e interpretando el caso alemán como un desvío del sendero hacia una democracia liberal sobre una base capitalista que aparece, en esta interpretación, como el término teleológico del desarrollo de las sociedades occidentales¹⁹. Indudablemente, el problema del *Sonderweg* alemán ha sido, implícita o explícitamente, quizá el tema predominante en la historiografía alemana de los últimos 30 años, si bien las respuestas dan lugar a todo tipo de interpretaciones²⁰.

Aunque seguían apareciendo explicaciones tradicionalistas, conservadoras y hasta neo-nacionalistas, la tendencia predominante había sido una historiografía liberal y crítica. Esta tendencia se vería expuesta desde finales de los años 70 a un serio reto. Entre otros, fue Thomas Nipperdey quien habló no de un *Sonderweg* alemán, sino de una pluralidad de *Sonderwege*, siendo el alemán sólo uno entre otros²¹. Y algunos historiadores, retomando posiciones tradicionales, argumentaron que si había un *Sonderweg* alemán en los siglos XIX y XX, éste había sido dictado por las exigencias de la posición geo-estratégica alemana, como potencia en el centro de Europa, rodeada y potencialmente amenazada por potencias rivales.

Estas nuevas (y en casos, viejas) interpretaciones de los historiadores alemanes dejan entrever claramente una nueva tendencia conservadora; las visiones revisionistas cedieron el paso a interpretaciones más pragmáticas. Las anteriores interpretaciones más radicales de la historia alemana, por ejemplo el libro de Hans-Ulrich Wehler sobre el Imperio²², fueron criticadas como demasiado extremistas. Se exigía «justicia» para los «abuelos» y «an-tepasados» (expresiones usadas frecuentemente por Nipperdey).

De nuevo el Imperio de Guillermo II fue el blanco de los contraataques contra las interpretaciones liberales. Muchos de los historiadores revisionistas habían argumentado que el sistema político del Imperio había sido autoritario y represivo. Ahora aparecía una visión alternativa que hablaba de una «silenciosa parlamentarización» del Imperio²³ desde 1900, y muchos rasgos modernos del Imperio anticipaban la democracia de los años 50. El

¹⁹ David BLACKBOURN/ GEOFF ELEY: *Mythen deutscher Geschichtsschreibung. Die gescheiterte bürgerliche Revolution von 1848*. Frankfurt 1980; Geoff Eley: *From Unification to Nazism*. London 1986.

²⁰ Véase, al respecto, Heinrich August WINKLER: «Der deutsche Sonderweg: Eine Nachlese» en: *Merkur*, año 35, n.º 7, julio 1981, pp. 793-804; Helga GREBING: *Der «deutsche Sonderweg» in Europa 1806-1945. Eine Kritik*. Stuttgart 1986.

²¹ Thomas NIPPERDEY: *Deutsche Geschichte 1800-1866. Bürgertum und starker Staat*. München 1983, cuarta edición 1987; ídem: *Deutsche Geschichte 1866-1918*. Tomo 1: *Arbeitswelt und Bürgergeist*. München 1990; véase también Bernd FAULENBACH: *Ideologie des deutschen Weges. Die deutsche Geschichte in der Historiographie zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus*. München 1980.

²² Hans-Ulrich WEHLER: *Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918*. Göttingen 1973.

²³ Manfred RAUH: *Föderalismus und Parlamentarismus im Wilhelminischen Reich*. Düsseldorf 1973; ídem: *Die Parlamentarisierung des Deutschen Reiches*. Düsseldorf 1977.

desastre de 1914 de nuevo fue explicado como un mal funcionamiento del sistema de Estados europeos, y no como resultado de tendencias agresivas del nacionalismo imperialista.

Los historiadores críticos para con las posiciones revisionistas no han presentado, hasta hoy, un paradigma nuevo. Si bien también ellos admiten que la sociedad alemana fue autoritaria, arguyen que en una comparación internacional Alemania no fue singular al respecto. Exigen más «comprensión» por la generación de los abuelos que deben ser vistos como fueron, y no como debían haber sido de acuerdo con las normas morales o los estándares democráticos de hoy. La escuela revisionista es acusada de no haber mostrado ni comprensión ni compasión con las generaciones anteriores, de no haber enjuiciado al Imperio con sus propias normas, sino con los valores y normas de hoy, lo que ha llevado a interpretaciones injustas.

Se puede decir, pues, que los principios del historicismo son invocados nuevamente para llegar a una interpretación menos crítica de la reciente historia alemana. Un representante sobresaliente de esta línea interpretativa es Thomas Nipperdey, quien critica las versiones presentadas por Wehler del Imperio. En su libro sobre la historia alemana entre 1800 y 1866 subraya la diversidad de posibles desarrollos alternativos en cada momento de la historia. Las decisiones de 1866 y 1867 —la guerra interalemana y la fundación de la Confederación Germánica— son interpretadas como compromiso histórico que dejaba abierto la posibilidad de un potencial desarrollo hacia una sociedad liberal igual que hacia una política de opresión del liberalismo en un sistema pseudo-constitucional. Los libros de la tendencia de Nipperdey han sido calificados como un reflejo del ambiente mental de «juste milieu», típico del presente clima político en la República Federal de Alemania. También la biografía de Lothar Gall sobre Bismarck²⁴ ha sido descrita como el intento de quedar bien con todas las escuelas históricas, presentando a Bismarck como al hombre de Estado que sabía lo que el tiempo reclamaba. El *Kaiserreich*, por lo tanto, no fue creado contra el espíritu del tiempo, sino de acuerdo con él.

Desde principios de los años 80 se puede apreciar, pues, un cambio en la historiografía alemana: un cambio en las interpretaciones predominantes. Si hasta entonces gran parte de la investigación histórica estaba dominada por la pregunta, cómo el fascismo pudo llegar al poder en Europa y concretamente en Alemania, poco a poco se ponía en tela de juicio si la «prehistoria» del nacionalsocialismo seguiría siendo el paradigma prevaleciente. Se hacía hincapié en que había «muchas continuidades» en la historia alemana, y no sólo una conducente directamente a la toma del poder por Hitler. El potencial modernizador de sociedades no democráticas (como la del Segundo Imperio) fue y es caracterizado de manera más positiva, con la consecuencia

²⁴ Lothar GALL: *Bismarck. Der weiß Revolutionär*. Berlin 1981.

de que al advenimiento del fascismo se le atribuye un carácter menos necesario de lo que se había hecho antes. La reciente historia alemana se presenta, desde esta perspectiva, bastante más «abierta» de lo que se había estado opinando en las primeras décadas después de 1945.

La tendencia neo-historicista ha producido grandes obras históricas que son interpretaciones más o menos equilibradas, basadas en la historiografía «revisionista» de las décadas anteriores (de la que, por otro lado, se distancian). No ofrecen un nuevo paradigma interpretativo; más bien se podría decir que intentan una corrección suave y cautelosa de las interpretaciones claramente «revisionistas» de los últimos 20 años. En concepción teórica, este grupo ha recibido apoyo indirecto gracias al renacimiento de lo narrativo como modo de presentación histórica. La narrativa histórica (*die Erzählung*) pretende, como los neo-historicistas, poder renunciar a la teoría (lo cual es imposible, aunque no todos los historiadores lo reconozcan así). Obras históricas narrativas tienen actualmente gran éxito entre un público de masas; el conservadurismo generalizado en la sociedad alemana apoya al redescubierto historicismo, y se expresa también en el redescubrimiento de la historia por parte del gran público, en el acentuado interés por exposiciones históricas, museos, etc.

A las críticas hechas a la historiografía «revisionista» desde la derecha hay que añadir las provenientes de la izquierda, de los promotores de la llamada «Alltagsgeschichte» (*Historia de los hechos cotidianos*), que critica tanto a los que se ocupan sólo de la «alta política» como a los representantes de la historia social con orientación teórica. Surgió un nuevo interés por la historia local, cómo fue vivida por el ciudadano medio. Esta *Alltagsgeschichte* —practicada más fuera que dentro de las universidades— fue, de alguna manera, historicista en su metodología, aunque su intención fue emancipadora. Devolviendo al ciudadano medio su propia historia para ayudarle a desarrollar su propia conciencia histórica en lugar de presentarle la visión histórica de la «cultura hegemónica», se esperaba que surgiera una nueva base para una política progresiva. La llamada «escuela de Bielefeld» (Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, especialmente) atacaron severamente esta nueva tendencia, en la que apreciaban un nuevo irracionalismo emocional con rasgos similares a los que ellos combatían desde su posición de historia como ciencia social. De momento, las posiciones al respecto están claramente confrontadas.

La nueva *Alltagsgeschichte* pone en un aprieto a los historiadores sociales que consideran el desarrollo sistemático de la historia como ciencia social como una posibilidad de superar visiones y métodos tradicionalistas. En cierta manera, la *Alltagsgeschichte* representa una variedad nueva de neo-historicismo, si bien limitada a aspectos metodológicos, estos últimos íntimamente unidos a la antropología social. Este tipo de «Alltagsgeschichte» no tiene contacto con la política, cultiva un estilo de vida alternativa en lugar de fomentar una conducta política racional dentro de una sociedad de-

mocrática. Algunos historiadores neo-conservadores incluso incluyen elementos de la *Alltagsgeschichte* en sus obras con una clara intención despolitizadora. Este enfrentamiento entre diversas tendencias metodológicas y maneras de instrumentalizar la historia, ha sido resumido bajo las categorías de «identidad» en lugar de «emancipación»²⁵. Esta última parece no ser ya la intención primaria perseguida con la historia. Todavía no se puede predecir el futuro desarrollo historiográfico en Alemania: lo que parece indudable, es que actualmente se han diluido los acentuados frentes historiográficos de hace unas décadas, que hay una clara tendencia neo-conservadora y la perceptible intención de instrumentalizar la historia con fines políticos.

4. La «historia de nuestro tiempo»

La exposición de las corrientes historiográficas debe ser complementada por un apartado que ha cobrado gran importancia en la historiografía alemana de la posguerra: lo que se ha llamado «historia de nuestro tiempo» (*Zeitgeschichte*), y para cuya investigación a principios de los años 50 fue creado un instituto de investigación (*Institut für Zeitgeschichte*) en Munich.

La intención perseguida por la «historia de nuestro tiempo» fue, en un principio, no tanto científica cuanto moral o moralizante, ya que se trataba de enjuiciar los crímenes del Tercer Reich que poco a poco iban saliendo a la luz del día. El carácter moral del enjuiciamiento del nacionalsocialismo desembocó en pedagogía política; Crítica moral y función política con la intención de educar al pueblo alemán hacia la democracia se complementaron y formaron una de las características en los comienzos de la historia de nuestro tiempo. La consecuencia científica de este interés moralizante fue que el objeto de investigación seguiría siendo, durante décadas, el Tercer Reich y el problema de la continuidad en la historia alemana. Esto significó que los historiadores se ocuparon del fracaso de la democracia, del sistema totalitario y de la reconstrucción democrática después de 1945 en la parte occidental de Alemania.

Hans Rothfels propuso como fecha clave para la historia de nuestro tiempo el año 1917, cuando en Rusia tuvo lugar la Revolución y los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial. En aquel año dio comienzo tanto la unidad global como la división polar del mundo. Para el caso alemán, uno de los primeros objetos de investigación fue la revolución de 1918/1919 e, íntimamente relacionada con ella, la disolución de la República de Weimar.

Las grandes discrepancias históricas de los últimos 30 años siempre han sido puntos de inflexión del pensamiento político; indican un cambio del

²⁵ Karl-Ernst JEISMANN: «Identität» statt «Emanzipation»? Zum Geschichtsbewußtsein in der Bundesrepublik», en: *Aus Politik und Zeitgeschichte*, B 20/21, del 17-V-1986.

horizonte vivencial político. En el caso del nacionalsocialismo ha habido tres enfoques interpretativos: El primero, la concepción del totalitarismo, predominante en los años 50; el segundo, el debate de los años 60, acerca de si el concepto de fascismo puede ser delimitado epocalmente y aplicado al nacionalsocialismo; y el tercero, la discusión sobre el sistema de la dictadura nazi, si se trataba de un sistema totalitario y monocrático, o de un sistema improvisador y policrático de grupos de poder rivales.

También para la interpretación del nacionalsocialismo como totalitarismo, el año 1917 es de trascendental importancia ya que la Revolución de Octubre era una de las precondiciones decisivas para la lucha entablada entre fascismo y bolchevismo por un lado y las democracias liberales por el otro. Pero eran ante todo analogías en la estructura de poder entre nacionalsocialismo y estalinismo lo que condujo al modelo totalitario de interpretación, fomentado además por la coyuntura política de la guerra fría. La concepción de totalitarismo influyó también decisivamente en la labor historiográfica de la «historia de nuestro tiempo», y concretamente en la obra de Karl Dietrich Bracher sobre la disolución de la República de Weimar.

Los conceptos usados en el análisis del nacionalsocialismo obstaculizan a veces una comprensión adecuada del fenómeno. Así, en el fondo del debate ya no se trata de la pregunta si el Tercer Reich fue policrático, monocrático o totalitario, ya que todos estos rasgos pueden ser identificados en el sistema nazi, sino en qué medida estos elementos se entremezclaron. Hasta hoy se sigue discutiendo sobre si el caos organizativo en las estructuras de poder fue intencionado, como afirma Bracher, o si se fundaba en la incapacidad del dictador, según la interpretación de Hans Mommsen, que califica a Hitler de «dictador débil».

Otra de las controversias no solucionadas hasta hoy es la interpretación del holocausto. Ningún historiador serio pone en duda el crimen mismo de los asesinatos masivos. Pero mientras que una rama interpretativa —p. ej. Andreas Hillgruber, Hermann Graml, Helmut Krausnick— afirma que hubo una radicalización planeada y sistemática de la política antisemita, cuyo punto culminante fue el asesinato sistemático en los campos de exterminio, la otra —p. ej. Martin Broszat— pone en duda que el holocausto fuera la necesaria consecuencia del antisemitismo nazi; según esta última interpretación, el antisemitismo se agudizó debido a la situación bélica, y no fue hasta comenzada la guerra cuando se tomó la decisión del exterminio total de los judíos europeos.

Las concepciones en la investigación sobre el nacionalsocialismo dejan entrever un cambio significativo en el horizonte político de los investigadores. Así, en los primeros años después de 1945, se resaltó mucho más el carácter totalitario del nacionalsocialismo que en las décadas posteriores, y la tendencia a interpretaciones globales y moralizantes fue mayor que hoy. No obstante, como demuestra la polémica entre los historiadores alemanes sobre

el Tercer Reich, comenzada en 1986, la discusión política y moral de la dictadura nazi sigue teniendo gran importancia en la discusión pública alemana.

Un último aspecto que hay que mencionar es la investigación sobre la historia de la República Federal de Alemania, es decir la «historia de nuestro tiempo» *strictu sensu*. La investigación sobre la RFA se diferencia de otras historias nacionales en el sentido de que por un lado sentía sobre sí la carga moral y política del Tercer Reich, y por otro era un Estado parcial. La República Federal se autodeclaraba sucesora legal del Imperio Alemán, es decir también del Tercer Reich, con todas las consecuencias histórico-políticas, psicológicas y morales, mientras que para los historiadores de la República Democrática Alemana la «historia de nuestro tiempo» empezó —y ello es característico— con el año 1945, reclamando exclusivamente para ellos las «tradiciones progresivas de la historia alemana». La RDA nunca ha asumido parte de la responsabilidad por el Tercer Reich, aduciendo su «antifascismo» y la resistencia comunista contra Hitler.

A estas divergencias entre los dos Estados alemanes vino a sumarse otra polémica en Alemania occidental: la pregunta si la República Federal de Alemania ha estado y sigue estando caracterizada por restauración o un comienzo nuevo (*Restauration oder Neubeginn?*). Esta polémica²⁶ ha suscitado muchas emociones si bien también en este caso habría que decir que elementos de continuidad y de discontinuidad van íntimamente entrelazados. Indudablemente el Estado alemán, creado después de 1945, surgió en oposición a muchas tradiciones anteriores: No se restituyó un Estado-nación hasta 1990. El orden constitucional de la República Federal muestra una clara oposición frente a la dictadura nazi, incluso frente al «semiparlamentarismo» de la República de Weimar. La estructura social de la RFA se vio ampliamente modificada por la integración de doce millones de fugitivos y trasterrados. El sistema económico de la economía social de mercado (Alfred Müller-Armack, Ludwig Erhard) se diferencia sustancialmente de la estructura económica del Tercer Reich y de la República de Weimar. El sistema de partidos es más estable y más homogéneo en el sentido de comprender un consenso fundamental sobre el orden constitucional, estatal y social. Y la integración de la República Federal de Alemania en las estructuras de Occidente no tiene paralelismo en la historia alemana y ha acabado definitivamente con las pretensiones de una tercera «vía alemana» entre los sistemas «orientales» y «occidentales». Por lo tanto —y este es uno de los resultados de la investigación de los últimos años—, parece claro que priman los elementos de discontinuidad y de comienzo nuevo frente a los factores continuistas; la tesis de la restauración en los años 1945 a 1949 no se podrá mantener frente a las innovaciones políticas y socioeconómicas de aquellos años.

²⁶ Véase el tomo colectivo de Josef BECKER (ed., entre otros): *Vorgeschichte der Bundesrepublik Deutschland. Zwischen Kapitulation und Grundgesetz*. München 1987 (con abundante bibliografía).

5. La polémica sobre la singularidad de los crímenes nazis

Relacionada con las discusiones sobre el Tercer Reich expuestas hasta ahora, pero al mismo tiempo claramente diferenciada de estos debates, ha surgido en 1986 una polémica nueva entre los historiadores alemanes que trasciende en mucho el mero debate histórico-científico. En esta nueva polémica se han visto involucrados no sólo historiadores sino también periodistas, políticos, politólogos, representantes de las iglesias y de muchas entidades públicas, del interior del país y del extranjero. Desde el debate lanzado en los años 60 por las tesis de Fritz Fischer, ninguna otra polémica ha suscitado tantas emociones y agresiones como el llamado *Historikerstreit* de los años 80.

El anterior Presidente de la República Federal de Alemania, Gustav Heinemann, afirmó una vez que los alemanes tenían una «patria difícil». Indudablemente, con esta constatación se refería también a los doce años de dictadura nazi y a los problemas para las generaciones posteriores, relacionados con este período de la historia alemana. La polémica histórica surgida en 1986 sobre las diferentes interpretaciones del Tercer Reich, evidencia que los alemanes siguen luchando con esta carga histórica.

¿Sobre qué versaba (y versa) esta nueva polémica? No se trataba de presentar nuevas fuentes o resultados de investigación, sino de la pregunta, si los crímenes y asesinatos del Tercer Reich podían ser «relativizados», comparándolos con crímenes de otras dictaduras en el mundo, «nivelando» así el período entre 1933 y 1945 e interpretando esos años como una fase «normal» en la historia del Estado-nación alemán.

La polémica surgió, al publicar el politólogo e historiador Ernst Nolte unos artículos²⁷ en los que afirmaba que la política nazi de exterminio de razas (ante todo el exterminio de los judíos, pero también de los gitanos, etc.) tenía como ejemplo la política de exterminio de clases, practicada por los bolcheviques en la guerra civil rusa y después en la fase estalinista, siendo la política nazi una reacción surgida del miedo frente a los exterminios bolcheviques y los «actos asiáticos» de Stalin. Nolte preguntaba, si el «archipiélago Gulag» no fue más originario que Auschwitz, si los *asesinatos clasistas* de los bolcheviques no eran el antecedente lógico y fáctico de los *asesinatos racistas* de los nacionalsocialistas. El holocausto debía ser visto, pues, como una contrarreacción y como resultado de un dilema psicológico y no como expresión del *Sonderweg* alemán; «probablemente», afirmaba, entre Auschwitz y Gulag existía «un nexo causal». También podían tomarse

²⁷ Véase «*Historikerstreit*» *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. München, séptima edición 1989; Ernst NOLTE: *Das Vergehen der Vergangenheit. Antwort an meine Kritiker im sogenannten Historikerstreit*. Berlin 1988; en su gran obra sobre la «guerra civil europea 1917-1945», Nolte no pudo demostrar empíricamente sus afirmaciones. Cf. Ernst NOLTE: *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*. Berlin 1987.

como punto de comparación los asesinatos del régimen de Pol Pot en Camboya. En todo caso, los crímenes de Auschwitz podían compararse con otros crímenes, cometidos por otras dictaduras en otras épocas y otras regiones del globo.

Además, Nolte mencionaba una carta del director de la *Jewish Agency*, Chaim Weizmann, el posterior primer presidente de Israel, escrita en setiembre de 1939 al primer ministro británico, Neville Chamberlain, en la que afirmaba que los judíos de todo el mundo lucharían en la guerra al lado de Inglaterra. Para Nolte, esta afirmación equivalía a una declaración de guerra que daba a Hitler la justificación de internar a los judíos alemanes como prisioneros de guerra. Con estas tesis que debían servir para «historiar» la campaña de exterminio del nacionalsocialismo —tesis calificadas de «suggerentes» y «orientadoras» por Klaus Hildebrand— empezó la relativización del régimen nazi, poniendo en duda la singularidad de los crímenes nazis.

Casi paralelamente con estas tesis de Nolte aparecía un libro de Andreas Hillgruber que contenía dos conferencias sobre «la destrucción» del Imperio alemán y el «final» de los judíos europeos²⁸. Hillgruber se identificó con los ejércitos alemanes que luchaban en el Este contra las «orgías de venganza» del ejército soviético; a estos soldados les correspondía, en su interpretación, una «ética de responsabilidad» (*Verantwortungsethik*), mientras que los opositores contra Hitler, del 20 de julio de 1944, podían reclamar para sí sólo una «ética de convicción» (*Gesinnungsethik*).

En un artículo periodístico en el semanario *Die Zeit* en julio de 1986, el filósofo Jürgen Habermas²⁹ acusó a Andreas Hillgruber así como a otros dos historiadores, Klaus Hildebrand y Michael Stürmer³⁰, que querían tomar a la ligera los crímenes nazis, para así crear una nueva conciencia nacional, fundamentando de esta manera intelectualmente el «cambio» político de 1982. Habermas hablaba de «tendencias apologéticas en la historiografía alemana del tiempo presente», diciendo que los «historiadores gubernamentales» eran «planificadores de ideología» que querían eliminar el «pluralismo de interpretaciones históricas», para formular una identidad convencional que se volvía a basar en la conciencia nacional. Hildebrand, al contrario, insistía en la necesidad de «historiar el genocidio nazi», lo que ayudaría a reconocer «paralelismos entre la cualidad destructora del comunismo y del nacionalsocialismo». Y el co-editor de la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y biógrafo de Hitler, Joachim Fest, abogaba por establecer una «relación entre las noticias de atrocidades, provenientes del Este, y la disposición de Hitler al exceso».

Una de las controversias fundamentales surgidas a raíz de estos primeros artículos periodísticos se refería a la pregunta, si el exterminio de los judíos

²⁸ Andreas HILLGRUBER: *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*. Berlin 1986.

²⁹ Jürgen HABERMAS: *Eine Art Schadensabwicklung*. Frankfurt 1987.

³⁰ Michael STÜRMER: *Dissonanzen des Fortschritts*. München 1986.

por los nazis tenía un carácter singular o si era comparable a otros crímenes en otras dictaduras. Resulta algo difícil entender justamente esta disputa ya que tanto Nolte como Hillgruber e Hildebrand concuerdan en la singularidad de los crímenes nazis. El historiador Eberhard Jackel resaltaba este aspecto diciendo que nunca un Estado había decidido con la autoridad de su jefe aniquilar completamente a un determinado grupo de personas, ejecutando esta decisión con todos los medios estatales posibles. Este hecho no se podía ni se debía relativizar con insinuaciones de paralelismo histórico. Y Hans Mommsen argumentaba que la planificación exacta y la perfecta práctica industrializada hacían de los crímenes nazis un acto singular. Si se relativizaba el Tercer Reich históricamente, el holocausto y el ataque contra la Unión Soviética eran sometidos a un proceso de normalización inadecuada³¹.

Rápidamente, la polémica escaló³². El editor del semanario político *Der Spiegel*, Rudolf Augstein, calificó a Hillgruber de «nazi constitucional»; éste contraatacó duramente, y el endurecimiento de los frentes impidió finalmente que tuviera lugar una proyectada mesa redonda en el Congreso de Historiadores alemanes en Tréveris, en octubre de 1986. Al mismo tiempo se reconocía públicamente que el debate sobre el nacionalsocialismo en la historia alemana era necesario y debía ser continuado, ya que era de importancia para la auto-conciencia histórica y política de los alemanes. En la continuación del debate, Ernst Nolte, modificaría algo sus tesis iniciales afirmando que la causalidad entre el archipiélago Gulag y la política nazi de exterminio de los judíos existía sólo psicológicamente en la mente de Hilter, no en la realidad histórica, una rectificación que no convencía en absoluto a los críticos de Nolte, ya que podía seguir siendo utilizada, según argumentaba Wolfgang J. Mommsen, para justificar los crímenes nazis y facilitar al público en general una identificación ingenua con el pasado nacional, sin que fuera necesaria una reflexión crítica con la reciente historia alemana.

¿Qué queda de este debate político-histórico de los años 1986/87? Son tres aspectos los que merecen ser destacados³³:

³¹ Véase un resumen de las diferentes posiciones en Immanuel GEISS: *Die Habermas-Kontroverse. Ein deutscher Streit*. Berlin 1988; y la reseña colectiva en *Militär-geschichtliche Mitteilungen*, 1/1990, pp. 181-189.

³² Uno de los ataques mas duros contra Nolte y sus seguidores es el de Hans-Ulrich WEHLER: *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*. München 1988; véase también Hilmar HOFFMANN (ed.): *Gegen den Versuch, Vergangenheit zu verbiegen. Eine Diskussion um politische Kultur in der Bundesrepublik aus Anlaß der Frankfurter Römerberggespräche 1986*. Frankfurt 1987.

³³ Cf. los resúmenes en W. ERLER (y otros): *Geschichtswende? Entsorgungsversuche der deutschen Geschichte*. FREIBURG 1987; Reinhard KÜHNEL (ed.): *Vergangenheit, die nicht vergeht*. Köln 1987; Helmut FLEISCHER: «Zur Kritik des Historikerstreiks» en: *Aus Politik und Zeitgeschichte*, B 40/41, del 30-IX-1988, pp. 3-14; W. ESCHENHAGEN (ed.): *Die neue deutsche Ideologie. Einsprüche gegen die Entsorgung der Vergangenheit*. Neuwied 1988; D. DINER (ed.): *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit*. Frankfurt 1987; Martin BROZAT: *Nach Hitler. Der schwierige Umgang mit unserer Geschichte*. München 1986.

a) La polémica mostró la cercanía con posiciones neonazis de aquellas interpretaciones que explican el antibolchevismo de los nazis como defensa europea de las «hordas asiáticas» de Oriente y que ven un nexo causal entre el archipiélago Gulag y la política de exterminio nazi. Siguiendo esta argumentación, la fuente de todos los males en todas las dictaduras del siglo XX podría encontrarse en la Unión Soviética. El anticomunismo garantizaría continuidad y establecería relaciones de identificación. La relación (construida artificialmente) entre la lucha de Hitler contra los judíos y los crímenes de Stalin ignora además la corresponsabilidad de las élites alemanas en cuanto a la ejecución de la guerra de exterminio nazi, motivada por la ideología racista.

b) Una segunda tesis reza que el ataque alemán contra la Unión Soviética en 1941 fue una «guerra preventiva» que se adelantaba a un proyectado ataque ruso contra Alemania. Esta tesis propagandística nazi siempre ha sido refutada por historiadores serios; y hasta hoy no existe ninguna prueba de su veracidad. No obstante, se ha venido defendiendo en círculos de ultra-derecha, y en relación con la polémica histórica de los años 1986 y 1987 ha vuelto a ser presentada por publicistas e historiadores en revistas y periódicos prestigiosos, como el conservador *Frankfurter Allgemeine Zeitung*. Este periódico también rechazaba y rechaza, consecuentemente, una especial obligación alemana de reconciliación y paz con los pueblos de Europa Oriental.

La tesis de una guerra preventiva y justificada contra la Unión Soviética no ha tenido repercusión científica. La criminal guerra desatada por Hitler no se puede re-interpretar como una justa guerra de defensa nacional aduciendo que un agresor logró adelantarse al otro. Que quede claro: No se trata de bagatelizear los crímenes de Stalin y su política falta de todo escrúpulo, sino de combatir mecanismos que impiden o por lo menos dificultan la reconciliación entre los pueblos de la Unión Soviética y los alemanes.

c) Críticos del «cambio neoconservador» en la República Federal de Alemania sospechan que no se trata de un debate científico, sino del intento político de fortalecer el conservadurismo como corriente política en la sociedad alemana con ayuda de una nueva concepción histórica. Los proyectados museos históricos en Bonn y en Berlín son parte de este intento. En oposición a esta corriente conservadora, las posiciones críticas insisten en la orientación hacia Europa, en la identificación con los valores occidentales y con las tradiciones democráticas, que han creado un «patriotismo constitucional» (Dolf Sternberger) que es una sólida base para la cultura política y la identidad alemanas.

Uno puede preguntarse por qué fueron justamente las tesis de Nolte las que desataron tal tormenta histórico-política. Ello se debe a que ningún otro tema de la reciente historia alemana está relacionado con tantas cuestiones centrales y fundamentales del pasado y tiene tantas implicaciones para el presente. Michael Stürmer afirmaba que la República Federal de Alemania era un «país sin historia»; y, según él, ganaría el futuro quien fuera capaz de

llenar la memoria, de acuñar los conceptos y de interpretar el pasado. Por lo tanto, se trataba de la pregunta de qué valores originaría el consenso y la paz interna. Según Stürmer, el pluralismo de los valores e intereses lleva a la guerra civil social, como al final de la República de Weimar, si no es distensionada por el crecimiento económico. Y lo que crea sentido (*Sinnstiftung*) y coherencia, es la nación y el Estado³⁴. En el caso de Stürmer, se trata de definir estos conceptos y darles un contenido específico, distinto del que la escuela de Bielefeld quería darles.

La siguiente reflexión parece de importancia: Si Stürmer hace unos 15 años criticó duramente la técnica de poder de Bismarck, una técnica llamada de «integración secundaria» y que consistía en instrumentalizar el nacionalismo contra los cambios originados por la industrialización y de esta manera conservar el status quo social en el Imperio, contra las aspiraciones de la clase obrera, entonces ese tipo de crítica debería ser válido también para la República Federal de Alemania, y debería aplicarse contra los «bismarckianos» de hoy cuya estrategia va dirigida a utilizar la cuestión nacional para asegurar el status quo interior. Habermas, en su crítica a Stürmer, ha resaltado que en el Imperio bismarckiano tuvo lugar la separación de la cultura política alemana de la cultura política occidental, y esta separación sólo pudo ser superada después de 1945. La gran labor intelectual de la generación de posguerra fue insertar firmemente a la República Federal de Alemania en la cultura política occidental.

Resumiendo, Jürgen Kocka ha señalado que la polémica versaba sobre el lugar del nacionalsocialismo en la historia alemana y sobre la auto-comprensión de la República Federal de Alemania³⁵. Concretamente, se trataba de los siguientes aspectos: a) El problema de la comparabilidad del nacionalsocialismo y del genocidio nazi; b) la pregunta, en qué medida el genocidio nazi puede ser interpretado como reacción comprensible frente a los exterminios masivos bolcheviques; c) la discusión de si se puede explicar la historia alemana con la posición geográfica de Alemania en el centro de Europa; d) el debate de si se puede y debe «historiar» el nacionalsocialismo (entendiendo varios participantes en esta discusión algo diferente bajo el concepto «historiar»), si se debe contemplar la época nazi desde la perspectiva de los contemporáneos o desde la perspectiva distanciada de los historiadores; y e) el problema general de la identidad colectiva y la aportación de la ciencia histórica a esta identidad.

Los argumentos en este debate no fueron, en primer lugar, científicamente históricos; no iban dirigidos a historiadores, sino a un público general; eran, más bien, políticos, orientados hacia el presente y no hacia el pasado.

³⁴ Michael STÜRMER: «Kein Eigentum der Deutschen: die deutsche Frage», en: Werner WEIDENFELD (ed.): *Die Identität der Deutschen*. München 1983, p. 84.

³⁵ Jürgen KOCKA: «Deutsche Identität und historischer Vergleich. Nach dem "Historikerstreit"», en: *Aus Politik und Zeitgeschichte*, B 40/41, del 30-IX-1988, pp. 15-28.

La polémica de los historiadores fue ejemplo de un debate político con relaciones históricas. Este tipo de disputas muestra claramente la íntima conexión existente entre interpretaciones del pasado, comprensión del presente y proyecciones hacia el futuro —una conexión que forma a la historia como disciplina científica. En general, la disputa sobre el Tercer Reich ha sido —aunque agresiva e hiriente— necesaria, contribuyendo a formar la conciencia político-histórica del público general en la República Federal de Alemania.

6. Resumen

Resumiendo, se pueden distinguir tres fases en el desenvolvimiento de la historiografía en la RFA: El primer período, entre 1945 y el final de los años 50, se caracteriza por una cautelosa re-interpretación de la historia alemana más reciente, predominantemente desde una perspectiva liberal-conservadora. Esta tendencia quería seguir haciendo uso de los métodos historicistas, si bien también iba encaminada a modificar la historiografía anterior de política nacional, considerando más métodos de historia social. En una segunda fase, a partir de los años 60, la historiografía, ya firmemente asentada en bases de un Estado democrático, analizó la historia alemana desde una perspectiva mucho más crítica y revisionista. Metódicamente, se amplió además el espectro analítico integrando las concepciones y la terminología de las ciencias sociales sistemáticas, superando de esta manera la tradicional historiografía política.

Desde los años 70 esta tendencia crítica y revisionista, en una tercera fase del desarrollo historiográfico alemán, es atacada e incluso rechazada. En este contexto, es de gran importancia el debate sobre la llamada tercera «vía alemana». Se puede constatar un cambio hacia posiciones más conservadoras que aboga por una mayor comprensión frente a lo ocurrido en la reciente historia alemana. El punto fundamental de la discusión pregunta si la historia debe colaborar a la emancipación de ideologías autoritarias o si su labor principal consiste en fomentar una nueva identidad nacional. Sobre este punto gira un enconado debate: por de pronto, no parece que pueda llegarse a un consenso.

Finalmente, la polémica sobre la singularidad de los crímenes nazis se encuadra, en una cuarta y por de pronto última fase, en el contexto político neoconservador de los años 80. El debate tuvo más repercusiones político-morales que científicas. Produjo gran malestar en el extranjero, donde fue contemplado sin comprensión.

Cuando los argumentos polémicos se repitieron, sin que se presentara evidencia empírica para fundamentar las tesis de Nolte y sus seguidores, el interés público decayó rápidamente. Desde hace unos años, los historiadores han vuelto otra vez a sus círculos académicos, si bien el interés general por la historia como fuente de identidad sigue siendo muy acentuado.